

DOÑA MARIA.

Sigámosle

DOÑA ANA.

¡Ay de mí triste
Lo que me cuesta un secreto!



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. JUAN *embozado, y don Diego, con las espadas desnudas*; DOÑA ANA, DOÑA MARIA, *tapadas é INÉS.*

D. DIEGO.

No os encubráis caballero,
Que es en vano, vive Dios,
Porque á riesgo de mi vida
Tengo de saber quien sois.

D. JUAN.

En vano lo solicita
Osado vuestro valor;
Porque de mi vida á riesgo
Tengo de callarlo yo.

DOÑA MARIA.

Llega presto.

Doña ANA.

Caballeros

Tened las armas por Dios,
Mirad que está de por medio
Poniendo paces mi honor.

D. DIEGO.

Aparta.

Doña ANA.

Así atropelláis
Mi fama y reputación?
Así á una ilustre mujer
Queréis destruir los dos?

D. JUAN.

No queremos, sino solo
Defender nuestra opinión.

Doña ANA.

¿Y lo que puede acabar
Mansamente la razón
Sin perder nadie, porque
Ha de ser perdiendo yo?
D. Diego escucha.

D. DIEGO.

¿Qué puedo
Saber ya?

Doña ANA.

Lo que mi vez
Puedo y debo ya decirte
En mi justificación.

Y vos ilustre don Juan,
Generoso huesped, vos,
No tengáis á liviandad
Dar esta satisfacción,
A el que aun no es mi marido,
Y pues noble y cuerdo sois,
Ya habréis visto que esto es,
No sé si lo diga, amor.

D. JUAN.

¡Amor!

Doña ANA.

Mas sin esperanza;
Pues ni siquiera llegó
A tener de los deseos
Celos la reputación.

D. JUAN.

¿En que le ofendo yo entonces?

Doña ANA.

Vos, en nada; pero yo
No consentiré en mi daño,
La más leve presunción;
Y defendiendo esta puerta,
Y estando encerrado vos
Dentro del cuarto, mirad
Señor, si tendrá razón
De tener de mí, don Diego,
No recelo ni temor,
Sino evidencia y certeza
De que he afrentado á quien soy:

Volved por mí, pues vos fuisteis
La causa: esta obligación
Tiene á cualquiera mujer
El hombre más inferior,
Cuanto más el caballero:
Que parece que nació
Para amparo, para guarda,
Para defensa, y favor
Del honor de nuestro sexo,
Y esto le importa á mi honor.

D. JUAN.

¿En dudas tan importunas
Quién en el mundo se vió?

DOÑA ANA.

¿Señor don Juan, que dudáis?
Hablad, pues si vos quien sois
No decis, pues yo lo sé,
Habré de decirlo yo.

D. JUAN.

Caballero, antes que os hable
Importa una prevención.

D. DIEGO.

Decid.

D. JUAN.

Si vos me pidieseis
Aquesta satisfacción,
No os la diera, que no saben
Los hombres que nobles son

Darla, cuando se la piden
Los que tienen con valor
La espada en la mano, y puesto
En la presente ocasión
Vos no la pedís, por eso
(Guardad la espada) os la doy.
Yo soy de esta casa huesped,
Y escondido en ella estoy
Por una desgracia, huyendo
De la fortuna el rigor;
Así el deudo ó la amistad
De don Bernardo, llegó
Hasta el punto de fiar
El de mi ausencia su honor,
Y yo de su honor, mi vida.

DOÑA MARIA.

Válgame el Cielo ¡qué voz
Es esta!

D. JUAN.

Por eso mismo
Don Diego, fuera baldón
En mí, pagar con ofensas
De don Bernardo el favor:
Esta es la pura verdad.
Tranquilizaos, que soy
Tal, que si yo tuviera
Solo la imaginación
Ocupada en la belleza
De doña Ana, vive Dios
Que lo dijera; pues tengo

Por hombre de poco honor,
De abatidos pensamientos,
De baja reputación,
A quien disimula dama,
Que solo una vez miró.

D. DIEGO.

Caballero, yo bien creo
Lo que decís, pues en vos,
En vuestro estilo y persona,
Descubris mucho valor;
Mas ya sabéis que un amante
En todo tiene temor,
Todo le asombra y le espanta,
Y celos, dicen que son,
Anteojos de aumento, que hacen
Cualquier objeto mayor:
No os pese pues que los tenga
De vos, que en tal ocasión
Desconfiar de una persona,
Es confesarse inferior
A su mérito, y con esto
Darle en parte la razón.

D. JUAN.

¿Luego no estáis satisfecho?

D. DIEGO.

En cuanto á mí; sí lo estoy,
En cuanto á mi amor, no puedo,
Que es más descortés que yo,
Y necesita en su abono
Entera satisfacción.

D. JUAN.

¿Y cuál?

D. DIEGO.

La de conoceros;
Que fuera muy necio error
Fiarse de quien se encubre
Con extraña precaución.

D. JUAN.

Eso es decirme...

D. DIEGO.

Que al punto
Que sepa yo quien sois vos,
Os creeré.

D. JUAN.

¿Pues qué esperáis?

D. DIEGO.

Vuestro nombre.

D. JUAN.

Y si no?

D. DIEGO.

No;

Que aquel que lo niega, deja
En duda su estimación,

D. JUAN.

Hombre enamorado tiene
Disculpa en cualquier acción;
Y así lo que os digo ahora

Tampoco os lo digo á vos,
Sino á vuestro amor, habiendo
Lástima de su pasión.
Mi nombre es don Juan de Lara.

DOÑA MARIA.

¡Qué escucho!

D. JUAN.

Ocasión me dió
De disgusto un caballero
Anoche, y su muerte halló
También anoche á la reja
De una...

D. DIEGO.

¡Válgame Dios!
¿Llamábase?

D. JUAN.

Don Fadrique
De Silva. ¿Pero el color
Mudáis? ¿qué os turba?

DON DIEGO.

Nada,
Nada me turba, señor,
¡Cielos! ¡pudiera esperarse (*Ap.*)
Semejante confusión!
Don Fadrique era mi primo
Y mi amigo: el matador
Es este. ¿Qué debo hacer?
¿Mas puedo dudarlo yo,
Cuando al cabo su secreto

Ha fiado de mi valor?
Disimulemos; que si
Por entendido me doy
Me toca satisfacerme,
Y no sabiéndolo, no.
Señor don Juan, satisfecho
De vuestra verdad ya estoy,
Y así de vos no me quejo;
Porque de quien debo yo
Quejarme, me quejaré
A su tiempo. Guardeos Dios.

D. JUAN.

Tampoco me está eso bien,
Porque puesto en daros yo
Satisfacción, por lo propio
Que aquí le toca al honor
De doña Ana, vos no habéis
De dejar la obligación
Que tenéis; pues corre ya
Por mi cuenta, y la razón
Es esta; escuchadme ahora:
¿O me habéis creído, ó no?
Si me habéis creído, haréis
Mal en conservar rencor,
Pues cesó la pesadumbre
Donde la causa cesó:
Y si no me habéis creído
Clara mi ofensa se vió,
Pues tenéis por sospechosa
Mi verdad.

D. DIEGO.

Es gran rigor
Querer tasar de mi pecho
Los sentimientos, señor.
Si no os hubiera creído
De aquí no me fuera yo,
Ni os dejara: no queráis
Saber más de esta ocasión,
Pues la prueba de que os creo
Es, que os dejo aquí, y me voy.

D. JUAN.

Y cuando en tanta sospecha
Vuestro amante corazón
Escrupuloso advirtiere
O desconfianza ó rencor,
Aquí me hallaréis, y aquí
Hallaréis satisfacción.

D. DIEGO.

Si la hubiese menester,
No dude vuestro valor
Que también sabré pedirla.

D. JUAN.

Está bien.

DOÑA ANA.

Tenle por Dios,
Inés, que no ha^de salir
De casa, sin que mi amor
Le desenoje.

INÉS.

¡Ah don Diego!

Mas no escucha.

DOÑA ANA.

¿Cómo no?

Seguirele, y mi cariño
Aliento dará á mi voz.

ESCENA II.

D. JUAN, ESPINEL y DOÑA MARIA *tapa da.*

ESPINEL.

¿En qué ha parado este caso?
Que yo porque no me vieses,
Y por mí te conociesen,
Me retiré paso á paso,
Con lindo compás de pies
A donde he estado escondido.

D. JUAN.

Eres tú muy prevenido
En tales lances.

ESPINEL.

¿Dí, pues,
Qué hubo?

D. JUAN.

Dudas y cuestiones,
Retóricas bien molestas,
Necias preguntas, respuestas,
Quejas, y satisfacciones.

ESPINEL.

¿Mas todo en fin se acabó?

D. JUAN.

Y mejor que había pensado.

DOÑA MARIA.

No, don Juan, no está acabado,
Supuesto que falto yo,
Que aquí dudé descubrirme
Hasta ahora, temiendo echar
A perder en tal lugar,
(Más ofendida, ó más firme)
La satisfacción que vos
Disteis falso, á un necio amante;
Pues estando yo delante,
Y padeciendo los dos
Igual fortuna de celos,
Si á mí ofendida me viera,
El no se satisfaciera
Tan pronto de sus recelos;
Así estuve retirada
Porque es peligrosa mengua
Que haya mujeres con lengua,
Donde hay hombres con espada.

ESPINEL.

¡Jesús! aquesta es tramoya,
Cuando no, brujería!

D. JUAN.

Hermosa doña María...

DOÑA MARIA.

Tente infiel...

ESPINEL.

Aquí fué Troya.

D. JUAN.

¿Pues por qué con desdén fiero
Acibara tu hermosura
Mi inesperada ventura?

DOÑA MARIA:

Ingrato, mal caballero,
Descortés, villano, ¿es bien
Que después de aventurar
Mi opinión, os venga á hallar
Donde mis ojos os ven?
¿Es bien, cuando tanta pena
Mi triste pecho traspasa,
Que vos me perdáis en casa,
Y que yo os halle en la agena?
¿Es bien, desagradecido,
Que en un peligro tan cierto
Ande mi honor descubierto,
Y vuestro cuerpo escondido?
Pero yo tengo la culpa
Y así...

D. JUAN.

Advierte.

DOÑA MARIA.

No, me he de ir.

D. JUAN.

Oye.

DOÑA MARIA.

Qué puedes decir?

D. JUAN.

Mucho para mi disculpa.

DOÑA MARIA.

Es imposible.

D. JUAN.

Mas dí,
¿De dónde pude saber
Yo acaso, que esta mujer
Era tu amiga?

DOÑA MARIA.

Ella sí

Lo sabía, y....

D. JUAN.

Pero no
Me lo dijo, y por lo tanto
Fuera necio mi quebranto,
A descubrirtelo yo;
Repara....

DOÑA MARIA.

No has de lograr
Que te crea.

ESCENA III.

DOÑA ANA y Dichos.

DOÑA ANA.

Suerte fiera!

Seguile hasta la escalera
Y no le pude alcanzar.
Ojalá que Inés consiga
Lo que yo tanto deseo.

DOÑA MARIA

Repito que no te creo;
Ella y tú....

DOÑA ANA.

Qué es esto amiga

Que tienes?

DOÑA MARIA.

Nada.

D. JUAN.

Un rigor

Bien injusto: así te pido
Que la digas, si he podido
Olvidarme de su amor:
Si no es cierto que te insté
A que me hicieses abrir
La puerta, para salir
Esta noche y....

DOÑA MARIA.

Para qué?

No don Juan, no es menester

Satisfacción tan liviana,
Antes bien á doña Ana
La tengo que agradecer;
Porque conmigo su trato
Ha sido tan liberal,
Que me da un original
En réditos de un retrato.

D. JUAN.

No te entiendo....

DOÑA MARIA.

Y es muy buena
Alcaidesa la que sabe
Convertir en dulce y suave
La prisión á que os condena
Vuestro amor, y pues guardó
Antes su puerta tan bien,
No querrá ahora salgáis, quien
No quiso que entrase yo.

DOÑA ANA.

Escúchame por tu vida
Y te desengañarás.

DOÑA MARIA.

Ya lo estoy.

DOÑA ANA.

Cansada estás.

DOÑA MARIA.

Adiós, amiga querida,
Y él te pague á cada instante

El favor que te debí,
Pues no hay duda que sin tí
Fuera don Juan más constante.

ESCENA IV.

INÉS, dichos y luego D. DIEGO.

INÉS.

Aprisa, señora mía,
Escondamos á don Diego,
Que tu padre está en la esquina
Parado con cierto deudo,
Y no es posible que salga
Sin ser visto.

D. JUAN.

Mi aposento

En tal apuro podrá
Servirle.

D. DIEGO.

¡Cielos qué veol! (Ap.)

¡No es este el original
De aquel retrato!

DOÑA ANA.

Agradezco

Señor don Juan....

D. DIEGO.

¡Es el mismo!

DOÑA ANA.

Esta prueba del afecto
Que os debo, y así....

DOÑA MARÍA.

Viose nunca

Tal descarol (*Ap.*)

D. DIEGO.

¡Que tan necio (*Ap.*)

Fuese yo, que me dejase

Engañar!

DOÑA ANA.

Con gusto acepto

Vuestro favor.

D. JUAN.

Pues entonces

Detenerse fuera yerro

Imperdonable.

INÉS.

Que suena

Gente.

D. JUAN.

A qué esperáis don Diego?

D. DIEGO.

Esperaba... mas ya nada
Señor don Juan, nada espero;
Pues he visto la vileza
De vuestro villano y feo
Proceder.

DOÑA ANA.

¡Otra desdicha!

D. JUAN.

¿Cómo, me habláis descompuesto?

Qué motivo... pero no;

Hable tan sólo el acero,

Que los agravios de un noble

Sólo se explican riendo

D. DIEGO.

Hable él pues.

DOÑA ANA.

Mi bien, mi vida.

D. DIEGO.

Aparta.

DOÑA MARÍA.

Don Juan.

D. JUAN.

No puedo

Escucharte.

ESPINEL.

Yo me escurro.

INÉS.

¡Ay! que se matan.

ESCENA V.

D. BERNARDO y *dichos*.

D. BERNARDO.

¿Qué es esto?

¿Quién atropella el sagrado

De mi casa desatento?

¿Quién osado?...

Doña ANA.

¡Ay Dios, mi padre!
¡Triste de mí!

D. BERNARDO.

¿De tal yerro
Fué la causa?

ESPINEL.

Bravo lance (*Ap.*)
Hemos echadol

DON JUAN.

No acierto
A responderle. (*Ap.*)

D. DIEGO.

¿Qué excusa
Le daré? (*Ap.*)

Doña MARIA.

¡Qué fiero empeño!

D. BERNARDO.

¡Nadie me responde! ¡todos
Callan!

ESPINEL.

Sí, y toman resuello; (*Ap.*)
Que por guapo que uno sea,
Cansa mucho cualquier riesgo.

D. BERNARDO.

¡Pero por qué lo pregunto,
Cuando á don Juan estoy viendo
Con el acero en la mano!

¡Cuando inadvertido y ciego
Satisface ocultas deudas,
Con públicos desaciertos!
Ea pues, señor, ¿qué os detiene?
Poned fin á vuestro exceso,
Continuad el desacato,
Y las espadas de nuevo
Crúcense, para que nadie
Ignore mi vilipendio,
Y vuestra descortesía.
No suspenda vuestro fuego,
Ni el cansancio de mis años,
Ni de mis canas el hielo.
No, lo noble de esta casa.
No, la presencia del dueño.
No, el decoro de una dama.
No, de su padre el sosiego.
No, en fin, respetos humanos;
Que á vuestra edad, lo primero
Es reñir, y nada importa
Si un falso honor satisfecho
Queda, que por conseguirlo
Se aventure el verdadero.

D. JUAN.

¿Qué responderé? (*Ap.*)

ESPINEL.

¿Apostamos
A que yo cual siempre, tengo (*Ap.*)
Que urdir alguna mentira
Para salir del aprieto?

D. BERNARDO.

¿Y tú también enmudeces
Hija mía?

ESPINEL.

Como un muerto; (*Ap.*)

Y si no lo hiciera así
No hiciera lo que su sexo
Acostumbra, pues no hay una
Que no sea en daño ageno,
Si hablar importa, un trapista,
Y si callar un traperero.

D. BERNARDO.

Vive Dios, que ya me falta
La paciencia y....

ESPINEL.

¡Malo es esto (*Ap.*)

Ah señor don Bernardo!

D. BERNARDO.

¿Es

A mí?

ESPINEL.

Pues no.

D. BERNARDO.

Quita necio,

Y no des lugar....

ESPINEL.

Repáre

En merced (vaya de enredo) (*Ap.*)

No es culpa de mi señor,
Que tenga un pariente el muerto,
Y que le busque, y le encuentre
En casa.

D. BERNARDO.

Quién dice....

ESPINEL.

Luego

La defensa es natural.

D. BERNARDO.

Cierto.

ESPINEL.

Y nunca fué bien hecho;
Dejarse dar de estocadas
Por andarse en cumplimientos.

D. BERNARDO.

Eso es decirme que el otro
Contricante, por ser deudo
Del difunto, ha pretendido
Vengarle.

ESPINEL.

Sí.

D. BERNARDO.

Y que por eso

Entró....

ESPINEL.

Ya se vé que entró,
Si no, ¿estuviera aquí dentro?

D. BERNARDO.

Tienes razón: lo que importa
Ahora, es sólo que cortemos
Este lance y....

D. JUAN.

Qué será
Lo que Espinel....

D. BERNARDO.

Caballeros,
Este criado me ha dicho
La causa de vuestro empeño,
Y si no puedo aprobarla,
Podré excusarla á lo menos.

D. DIEGO.

¡Excusarla!

D. BERNARDO.

Sí, señor.

DOÑA MARIA.

¡Excusarla!

D. BERNARDO.

Cuando el fuego
De la edad no la disculpe,
La opinión y el parentesco
Lo harán sin duda ninguna.

D. DIEGO.

Entiendo, señor, entiendo.

D. BERNARDO.

Yo también he sido mozo....

D. DIEGO.

Bien se conoce, sois viejo,
Que de otro modo no fuerais
Tan indulgente.

D. BERNARDO.

¿No acierto
Por qué?

D. DIEGO.

Pudiera decirlo,
Pero pues debéis saberlo
Vos sois señor don Bernardo
El propio á satisfaceros.
Quedad en tanto con Dios,
Y aunque burlado me veo
Con tan extraña perfidia
No tengáis ningún recelo;
Que el amor, alguna vez
Suele parecer grosero,
Pero el desengaño nunca,
Porque paga en todo tiempo,
Falsedades, con olvidos,
Y traiciones con desprecios.

ESCENA VI.

Dichos menos D. DIEGO.

D. BERNARDO.

¿Qué desprecios, qué traiciones
Son estas? ¿por qué este necio
Me insulta? cuando debiera
Agradecerme, que cuerdo

Y prudente, disculpara
Yo su arrojó.

DOÑA MARIA.

Agradeceros

Don Diego! vaya señor,
Que si contabais con ello,
Me parece no teniais
Gran opinión de su ingenio,
Y era exigir demasiado.

D. BERNARDO.

¡Esta es otra!

DOÑA MARIA.

Considero

Por lo mismo, que si cabe
Demasia en ser atento,
Anduvo el tal, demasiado
Cortés.

D. BERNARDO.

Señora....

DOÑA MARIA.

Así debo

Decirlo, y en cuanto á mí
Sólo añadiré, que llevo
De veros como os he visto,
Extraordinario consuelo,
Seguid, seguid por mi vida
El caritativo empleo
Que hacéis de la autoridad
Paterna, y si como espero,

Se realizan vuestros planes,
No temáis resentimientos
De nadie, porque el que tiene
Pundonor, paga discreto,
Falsedades con olvidos,
Y traiciones con desprecios.

ESCENA VII.

Dichos menos DOÑA MARIA.

D. BERNARDO.

Volvemos al estribillo
Maldito!

DOÑA ANA.

Apenas aliento. (*Ap.*)

¡Qué será de mí, Dios mío!

D. BERNARDO.

¿Ana, dime que es aquesto?

DOÑA ANA.

Yo qué sé?

D. BERNARDO.

¿Por qué tu amiga
Se produce en un concepto
Tan necio y equivocado?

INÉS.

Mi señora en su aposento
Estaba haciendo labor
Connigo, cuando el estruendo